



El Dios imaginado

Dios, en cuanto objeto mental, surge en el psiquismo humano asociado a las magnitudes afectivas más primitivas de la personalidad. De ahí, su enorme poder para propulsar lo más saludable o pernicioso en los individuos o en las colectividades. En el presente estudio psicoanalítico se analizan las derivaciones del Dios imaginado en tres contraposiciones básicas: la del fanático, el alumbrado y el sacrificante como deformaciones del profeta, del místico y del oferente.

Carlos Domínguez Morano *

Psicoanálisis y figuraciones religiosas

QUIZÁS no exista un objeto mental de magnitud equivalente al de la imagen de Dios. Al menos en un sentido muy definido: ninguna otra representación psíquica posee un referente tan ilimitado en su extensión, ni implica las dimensiones de absolutez, potencia e infinitud que atribuimos a la divinidad. A esto, además, hay que añadir la carga afectiva que generalmente implica. En este nivel, la

* Profesor de Psicología de la Religión. Facultad de Teología. Granada.

magnitud psíquica Dios cobra un potencial extremadamente significativo. Como totalidad, viene a responder a las exigencias más primitivas del psiquismo humano y a las valencias más intensas de su mundo afectivo. No es extraño, por eso, que el loco, en su negativa a aceptar cualquier modo de limitación, sitúe con tanta frecuencia a la divinidad en el centro mismo de sus alucinaciones y delirios. Nada como Dios para responder a la desmedida aspiración de totalidad que marca a la infancia y a la locura.

Por la misma razón, la religión ha dispuesto siempre en su favor de un capital psíquico que le distingue del resto de las formaciones culturales. Su opulencia afectiva provoca así la ambivalencia del resto de los dispositivos sociales. Las alianzas, rivalidades, asociaciones, complicidades y luchas marcan esas relaciones del resto de las instituciones sociales con la religión. Política, arte, moral y derecho, etc., se han visto siempre envueltas en complejas conexiones con esta institución que, como ninguna otra, muestra emblemáticamente el sello de la totalidad y, desde ahí, manifiesta su intenso poder de fascinación.

La psicología contemporánea nos ha puesto de manifiesto que el Dios imaginado ahonda sus raíces en las estructuras más primitivas del psiquismo y se configura, de este modo, con una inmensa fuerza para impulsar el desarrollo, el progreso y la maduración del individuo, así como para potenciar hasta el extremo también las fuerzas más destructivas del individuo o de la colectividad. Francisco de Asís y Savonarola, Juan de la Cruz o el alumbrado Miguel de Molinos, Oscar Romero o el imán Jomeini se pronunciaron todos en el nombre de Dios. Profetas, místicos y oferentes contaron siempre con sus terribles parodias. Fue, sin embargo, el mismo objeto mental, el Dios imaginado, el que impulsó a unos y a otros en las diversas articulaciones de su experiencia religiosa.

A ellas nos vamos a referir en el presente estudio, atendiendo a tres estructuraciones diversas de la imagen de Dios, según su diversa organización psíquica. La primera encuentra preferentemente su foco original en la constitución del propio yo. Responde a los niveles más básicos y primitivos del desarrollo y nos conducirá a comprender la dinámica del fanático, como caricatura del profeta. La segunda se vincula con el factor materno. Desde ahí, nos acercamos a la experiencia religiosa del alumbrado como desfiguración de la del místico. La tercera y última encuentra su origen en el polo paterno de la estructuración del individuo. Con ella tendremos la oportunidad de esclarecer los ritmos internos de quien llamaremos sacrificador, para diferenciarlo del que denominaremos como

oferente. De ese modo, intentamos configurar, bipolarmente, tres modos básicos de articularse la relación con la totalidad que representa el objeto mental Dios, el Dios imaginado.

Fanáticos «versus» profetas

LAS investigaciones recientes en psicoanálisis sobre el narcisismo ofrecen una aportación clave para comprender la estructura psíquica latente del fanatismo religioso. El fanático —como muy acertadamente ha expresado D. Sibony— devora la divinidad, se confunde con ella, pretende englutirla en el seno de su propio ser. Una estructura problemática en la naturaleza de su yo le empuja incontrolablemente a ello.

Nuestro yo, en efecto, se constituye difícilmente a partir de una experiencia previa de fragmentación, desde la que no es posible organizar las vivencias que se suceden en el organismo. Como H. Kohut lo ha puesto de manifiesto, sólo mediante las experiencias positivas de gratificación simbiótica proporcionadas por la figura materna (este autor lo ha denominado de *espejamiento empático*) se hace posible la emergencia de un «self» cohesivo e integrado (1).

Pero no siempre esa primitiva relación del bebé con su entorno proporciona una idónea cohesión interior. Ésta sólo es posible cuando se ofrece una experiencia suficiente de ser contenido, acogido, acariciado y protegido por la figura materna. Tan sólo así puede surgir el sentimiento de unidad psicofísica que, como segunda piel, guarda, encierra y protege el conjunto de las experiencias previamente desintegradas. Se trata, pues, de adquirir una «piel psíquica» que envuelva y «embale» los contenidos experimentados. Sólo así es posible discriminar el mundo interior del externo y entrar en una relación con ellos que no sea experimentada como una amenaza de destrucción (2).

Cuando esto no sucede así, el sujeto queda vinculado a sus partes dañadas y, para defenderse de ellas, se ve impulsado a proyectarlas sobre el exterior: el mundo interno se experimenta como deteriorado y el externo, desde la proyección que se lleva a cabo, se manifiesta como suma-

(1) Cf. *Análisis del self*, Amorrotu, Buenos Aires, 1977.

(2) Sobre estas cuestiones nos hemos detenido para dar cuenta de las aportaciones principales sobre el tema del fanatismo habidas en el XII Congreso de la AIEMPR. Cf. «Fanatismo e integrismo religioso», *Proyección* 40 (1993) 289-305.

mente peligroso. Es un narcisismo patológico que, en lugar de posibilitar el acceso a la alteridad, lo cierra y lo bloquea. Como lo ha puesto de manifiesto H. Kohut, cuando se produce una carencia materna y, por tanto, una alteración narcisista en las bases de la personalidad, el propio yo se ve obligado a experimentarse a sí mismo como «objeto/self» omnipotente y necesitado de admiración. Es el intento de recomponer y compensar una organización yoica herida.

Las estructuras mentales y afectivas experimentan entonces una urgencia de integración de carácter forzado y violento. A falta de una unificación interior armoniosa, surgirá una compulsión integradora que, fácilmente, generará posiciones integristas en el plano del pensamiento. Su dificultosa identificación le empuja a buscar una coincidencia entre su sentir y su pensar. El fundamentalismo —a nivel de pensamiento— contaría en esta condición psíquica con un soporte esencial.

Pero, cuando las circunstancias son particularmente traumáticas, la herida abierta empuja no sólo a buscar una integración artificial en el campo de las ideas, sino también en el de la acción. La musculatura se presenta como una defensa más primitiva, sólida y violenta que la que se obtiene en el plano de las ideas. La carencia de «piel psíquica» se sustituye por una «piel muscular», procurando una armadura hecha de movimiento y acción. El otro, en su diferencia, supone una amenaza de muerte para el propio yo débil y fragmentado. La alteridad entonces tiene que ser repelida y, si es posible, anulada.

El fanático, desde la urgencia de su yo fragmentado, presenta una profunda necesidad de constituirse en un todo compacto, bien protegido de toda discrepancia o divergencia. La alteridad se constituye en su amenaza suprema. El tú, libre, diferente y no manipulable, es un objeto sumamente peligroso para su pretensión de totalidad. Y desde ahí, su violencia se desencadena en el intento de eliminar la amenaza. Por eso, el fanático devora a la divinidad. El objeto religioso, en su cualidad de sagrado y total, devora a la divinidad. El objeto religioso, en su cualidad de sagrado y total, es englutido por él y confundido con su propio yo (3).

Dentro de esta dinámica, la idea, el dogma, la creencia se constituye en el núcleo que hay que salvaguardar como objeto fetiche sobre el que el integrista, el fundamentalista o el fanático proyectan la seguridad y la

(3) Si tuviéramos que indicar una dirección psicopatológica, tendríamos que referirnos a los trastornos narcisistas y a las personalidades paranoicas.

integración de su propio yo amenazado. Las tres figuras, en diferente grado y actitud, viven el problema de la verdad como una cuestión que afecta a sus propios fundamentos. Pero la verdad, desde sus carencias y urgencias internas, deja de constituir algo a lo que referirse, para convertirse en algo que se identifica con su mismo ser y sentir. Es una verdad «cosa», vivenciada como una prolongación de su propio yo. La realidad ha de someterse a su imperio.

Particularmente, desde esta referencia a la verdad religiosa, el fanático se diferencia esencialmente del profeta, y se convierte en su grotesca caricatura.

El profeta, desde la diferencia bien establecida entre su persona y el Dios que le habla, no se expresa en su nombre y en su razón de ser, sino en nombre de Otro que le interpela a él tanto como al pueblo al que se dirige. El profeta sabe que Dios le precede. Por eso vive atento a su Palabra. Una palabra que viene desde la sorpresa, la novedad, e incluso, el desconcierto. Por ello provoca el terror, la alegría o el deseo de huir (Jr 20, 7-9.14-20). Es la palabra del Otro. Una palabra que, a veces, puede suponer incluso una amenaza para la propia seguridad y estabilidad personal, porque ella introduce en ocasiones una profunda distorsión en la vida de quien le oye (Amós, 7, 14-ss; Ex 24, 15-24) (4).

El profeta es esencialmente un transmisor de la palabra que viene del Otro. Una palabra que orienta y señala el camino recto en el seno de una realidad escrutada permanentemente. El profeta es portavoz, no voz de Dios. No habla de su propia cosecha. «Así dice el Señor», «esto me hizo ver el Señor», «oráculo del Señor», son fórmulas consagradas que expresan la conciencia que tiene el profeta de ser el transmisor de la palabra oída. Conoce y acepta su diferencia con Dios y no se identifica nunca con la totalidad que él representa.

Porque no es el todo, el profeta es capaz de reconocer la alteridad sin sentirse amenazado. Por eso, en la proclamación de la verdad, no se siente impulsado a esa violencia que caracteriza al fanatismo. El profeta, como también el fanático, es un hombre público. Ni se retira del mundo ni se encierra en el Templo. Su oído está atento a Dios y su mirada, a la realidad que le circunda. Se dirige a las calles, a los palacios y a los tribunales. La verdad que ha oído del Otro debe ser proclamada en medio de las plazas, porque esa verdad tiene allí una función transformadora. A veces,

(4) Cf. J. L. Sicre: *Los profetas de Israel y su mensaje*, Cristiandad, Madrid, 1986; *Profetismo en Israel*, Verbo Divino, Estella, 1992; A. Nether: *La esencia del profetismo*, Sígueme, Salamanca, 1975.

como en el caso del profeta Amós, el profeta proclama, más allá del reformismo, una ruptura total con las estructuras vigentes. Su profecía adquiere entonces un matiz de violencia. Pero, a diferencia de lo que ocurre en el fanatismo, esa violencia aspira primordialmente a una transformación salutar de la realidad. Si hay que talar el árbol, habrá que dejar un tocón, por más que éste sea insignificante (Is 6, 13). De ahí brotará con el correr del tiempo una semilla de salud. No enciende, ni incita a encender hogueras contra los diferentes. Porque el profeta articula su relación a la verdad como una mediación de Dios en favor de los otros, nunca como autodefensa de su propia inflación narcisista. Hay que «arrancar y arrasar», pero también, «edificar y plantar». Por eso, el profeta (rara vez lo hace el fanático) proclama también la esperanza. No escucharemos al fanático pronunciar una palabra de consolación.

Profetas y fanáticos se presentan, pues, como dos modos diferenciados de articularse la relación con el objeto mental Dios. Uno, como mediación de una verdad cuya proclamación es generadora de futuro y de vida, y otro, como identificación con una verdad que sólo puede manifestarse de modo totalitario y violento. Ambas figuraciones religiosas puntúan la historia de las religiones a lo largo de todos los tiempos. La del cristianismo contemporáneo también. Oscar Romero y monseñor Lefebvre, por no citar sino dos extremos muy marcados, podrían representar los polos de una amplia gama que podría incluir no sólo personas sino también grupos o colectividades. Desde el talante profético que marca a muchas comunidades cristianas populares latinoamericanas a las tendencias más o menos fundamentalistas o integristas que impregnan espiritualidades de otros grupos e instituciones que nacieron en la vieja Europa.

Alumbrados «*versus*» místicos

Si el foco constituyente de la posición fanática se localiza en una deficiente estructuración yoica, la elaboración de la imagen de Dios que lleva a cabo el místico y su antagonista el alumbrado habría que situarla en el plano de las diversas relaciones que cabe establecer con el objeto materno. Toda la psicología de la religión más reciente ha insistido en la importancia de la primera relación simbiótica madre-hijo como sustento básico que posibilita la dimensión mística de la experiencia religiosa (5).

(5) Cf. nuestra obra *Crear después de Freud*, Ed. Paulinas, Madrid, 1992, 117-121.

La relación de empatía madre-hijo, como relación indiferenciada en la que todavía no es posible advertir la presencia de un auténtico yo-tú, se constituye en el fundamento básico de la seguridad personal. Es una relación primitiva que no está vehiculada por ideas, ni sentimientos, ni imágenes. Sencillamente se «es» como simbiosis. Esta relación primera, constituyente y programadora, establece lo que tan acertadamente Rof Carballo denominó «urdimbre primaria», tejido que, en su mayor o menor consistencia, proporciona el fundamento de la confianza básica del sujeto en sí mismo, en la vida y frente a los demás (6).

Esa unión madre-hijo ha sido por ello acertadamente calificada de pre-religiosa. Ella ofrece una relación fusional y placentara con un todo (lo materno) que prefigura la totalidad de lo sagrado. Otros analistas como W. Bion, D. W. Winnicot o F. Dolto se han referido también a estas dimensiones oceánicas en las que vive el sujeto en los inicios de su existencia. Los niños duermen —se ha dicho— como los santos rezan. En una suerte de «nana mística», que la experiencia religiosa ha intentado muchas veces reproducir con sus variadas técnicas según los diversos contextos culturales.

Evidentemente, esta primitiva situación infantil ha de ser superada para dejar paso a la progresiva asunción de nuestra naturaleza de «seres separados». Sólo así se hará posible la adquisición de un yo autónomo y la capacidad necesaria para establecer la relación con un tú, que, en una alternancia de presencia y ausencia, de gratificación y frustración, escapa a la mera realización de nuestras urgencias infantiles, siempre ansiosas de inmediateces y totalidades.

Es lo que el pseudomístico, el iluminado y el alumbrado no han acertado a comprender. Ellos parecen necesitar una presencia ininterrumpida, una permanencia constante del gozo de la fusión. Y en esa permanente aspiración a fundirse con una totalidad de corte materno, muestran una incapacidad fundamental para asumir la ausencia del otro, la distancia inevitable que nos constituye como «seres separados». Si el fanático no tolera la alteridad, el alumbrado no soporta la ausencia. Por ello evita despertar a la realidad, siempre conflictiva, y en la que la distancia y la separación resultan inevitables.

Con ese Dios, el alumbrado (al que consideramos como arquetipo de una tendencia permanente de la espiritualidad) aspira a sentirse placenteramente fundido. Pero no como el fanático que devora a la divinidad,

(6) Cf. *Urdimbre afectiva y enfermedad*, Labor, Barcelona, 1961.

sino más bien con la pretensión de ser devorado, englutido, vaciado en el objeto de su experiencia. Si en la relación con la totalidad, el fanático elimina la alteridad de lo sagrado para confundirla consigo mismo, el alumbrado, por el contrario, pretende perderse a sí mismo en la totalidad de su imaginario. Su Dios es esencialmente una fuente de placer y de consuelo. Y así tenemos que si el Dios del fanático se encuentra esencialmente ligado al Yo, el del alumbrado se presenta especialmente marcado por las aspiraciones del Ello.

Su vinculación a la totalidad se encuentra fundamentalmente anudada con la experiencia afectiva. No es la creencia, la idea o el dogma como en el caso del fanático. El alumbrado articula su experiencia religiosa en torno a la experiencia del amor. Pero lo hace de modo neurótico o perverso (7). Como el histérico, el alumbrado ama el Amor. Es decir, se disuelve en la experiencia de la relación, en lugar de establecer un vínculo con el objeto de ella.

Es de todos conocidos la proximidad existente entre la experiencia del alumbrado y la del místico. De ahí, que toda la tradición espiritual haya manifestado siempre un empeño especial en mostrar las diferencias y en proporcionar criterios para un necesario discernimiento. El místico vive también la religión del contento. Su anuncio, como señala Christine Kaufmann, tiene siempre algo de belleza, de gloria, de gozo, como sello de lo divino (8). Pero para el alumbrado, la felicidad obtenida por la presencia se hace irrenunciable. Y todo lo que venga a disturbarla o a entretenerla es eludido o repudiado. El místico, sin embargo, se ha ejercitado en aceptar la ausencia, la alternancia inevitable de la consolación y desolación, de palabra y de silencio. De ahí, que la simbología con la que expresa su experiencia esté marcada por una alternancia de opuestos: saber/no saber; luz/tinieblas, noche o nube; fuego/agua; presencia/ausencia; soledad/compañía; libertad/prisión; vacío/plenitud; vida/muerte; dolor/gozo (9).

El místico, además, viviendo una experiencia profunda de pasividad y de inmersión en lo oceánico de su sentimiento, tiene conciencia de que su yo no desaparece. No ama el Amor, ama al Otro a quien considera Amor, y en esa relación no hay ni un yo ni un tú que puedan quedar eliminados. Es más, el místico se siente llamado a desarrollar una activi-

(7) Cf. A. Vergote: *Dette et désir*, Seuil, París, 1978.

(8) *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, Madrid, 1993
s.v. Mística.

(9) Cf. *ib.*

dad importante, con su cuerpo y con su mente, para posibilitar la presencia del Otro. Sabe, como reza el himno litúrgico, que *la Palabra de Dios está cumplida/el silencio de Dios está a la espera*.

Porque no ha perdido la conciencia de su autonomía y singularidad, el místico vive una experiencia creativa en el orden de la acción, desarrollando una actividad de importantes repercusiones sociales. También en el orden del lenguaje a través de la creación literaria. Su mensaje se debate así entre el silencio que impone lo inefable y la necesidad absoluta de comunicar y de comunicarse una experiencia que, habiendo desbordado el nivel de las representaciones verbales, necesita luego articularse con ellas. No queda, pues, anulado en la realización de su deseo fusional.

Alumbrados, iluminados y visionarios constituyen la parodia del místico, como el fanático y el fundamentalista lo son del profeta. También ellos representan una constante más o menos latente a lo largo de toda la historia de la espiritualidad. En nuestros días no escasean, ciertamente, estas tendencias en el seno de la iglesia. El análisis de los rasgos que caracterizan la experiencia religiosa de nuestros días pone de manifiesto el notable acrecentamiento de sus dimensiones más afectivas y emotivas (10). Tras el auge de los compromisos sociopolíticos que caracterizó a los cristianos de los años sesenta, parece como si el mundo de los sentimientos y afectos, más o menos contenidos o marginados durante esa época, emergiera ahora con renovado impulso. La preponderancia de lo emotivo se presenta como un fenómeno general en nuestra cultura postmoderna, hastiada de la mitificación de la razón técnica. A nivel de experiencia religiosa, explica el éxito de las variadas corrientes místicas y esotéricas inspiradas en las religiones orientales. Vivimos tiempos de místicas para el consumo como las de la «New Age», las de la «Budomanía», «gregorianomanía», etc. El movimiento carismático y el neocatecumenal parecen deudores también de este auge de lo emocional. En algunos casos, en sus pretensiones providencialistas y de contacto inmediato con el Espíritu, parecen resucitar viejas tendencias iluministas de la experiencia de fe.

Sacrificantes «*versus*» oferentes

LA tercera de nuestras contraposiciones tiene que ver con la figura del oferente y su antagonista, que denomi-

(10) Cf. F. Champion-D. Hervieu Léger: *De l'émotion en religion. Renouveau et traditions*, Centurion, París, 1990.

naremos «sacrificante». Ambas guardan una íntima relación con la del sacerdote, que, junto a profetas y místicos, desempeña un papel central en la mayoría de las religiones. Las complejas relaciones que el cristianismo mantiene con el sacerdocio y el carácter amplio y de matices particulares que deseamos conceder a esta tercera contraposición, nos ha conducido a la elección de los términos propuestos.

Como el psicoanálisis nos ha enseñado, sólo por la mediación del padre se opera la transformación del deseo fusional con el todo materno. A través de su intervención separadora se hace posible el nacimiento de un yo capaz de situarse frente a tú, independiente y libre para satisfacer o frustrar. Lo paterno se alza así como símbolo de una ley que hay que afrontar para devenir auténticamente humano: la de la limitación en la aspiración totalitaria del deseo. Ese padre-ley, en un mismo movimiento, se convertirá también en modelo del camino a seguir para la consecución del gozo.

Sabemos que desde esta ordenación básica del deseo, la imagen de Dios recibe una configuración fundamental. El objeto mental Dios adquiere nombre, forma y figura a partir de esta simbología paterna que estructura lo humano (11). Pero también aquí el camino puede plantear serias dificultades y oponer importantes obstáculos. La aceptación del padre como ley que organiza y modula las aspiraciones infantiles se hace difícil. Y el sujeto puede bloquearse en un permanente intento de mantener el estatuto omnipotente y totalitario de su afán. La situación queda entonces bloqueada en una permanente relación de ambivalencia, en la que todo parece quedar reducido a una especie de «o tú o yo», como única alternativa para sostener la omnipotencia. La experiencia religiosa puede venir entonces a ofrecerse como un espacio óptimo para mantener y repetir indefinidamente ritmos y cadencias de un proceso que no encuentra resolución.

Encontramos aquí las claves religiosas del sacrificante. Anclado en su ambivalencia de amor-odio frente a lo paterno, construye necesariamente un Dios que se le opone y frente al cual no cabe sino una relación de rebelión permanente o de perpetua sumisión. Es una relación marcada por ese subterráneo «o tú o yo», que impone una espiritualidad de constante (y costosa) afirmación de lo divino como necesaria negación (nunca aceptada) de lo humano.

(11) Cf. nuestra obra citada *Crear después de Freud*, 121-123.

El sacrificante, de este modo, no devora la divinidad como el fanático, ni se pierde en ella como el alumbrado. Vive en una permanente oscilación en la que alternativamente sucumbe el todo de la divinidad o la propia totalidad soñada. Su problema, pues, en la relación con lo sagrado no es el de la aceptación de la diferencia, como el fanático, ni el de la tolerancia de la ausencia, como el alumbrado. Su problema es el de la permanente y oculta ambivalencia ante Dios.

Desde esta ambivalencia, la agresividad y la culpa impregnan su interioridad. Una agresividad que no será la del fanático, convertida en destrucción de lo diferente. Su violencia se desplaza y se oculta bajo el ritual del sacrificio, como lugar donde, simultáneamente, anuda el odio al otro y la vuelta de ese odio contra sí mismo bajo la forma de culpa (12). La mortificación (*mortem facere*) preside la experiencia religiosa del sacrificante. «*Tú eres, yo no soy*» parece proclamar en su ritual o en su ascesis. «*En reconocimiento de ello me ofrezco y me destruyo simbólicamente en el don presentado y sacrificialmente destruido*». La espiritualidad queda impregnada por una magnificación y sacralización del dolor. Es la hora de Simón el estilista o de don Miguel de Mañara.

El fanático, veíamos, tiene un Dios esencialmente ligado a su Yo. El alumbrado pretende relacionarse con un Dios de placer, particularmente ligado al Ello. El sacrificante, sin embargo, marca su experiencia religiosa con un Dios de carácter esencialmente superyoico. De ahí que su relación a lo sagrado tenga situada la ley, la normal y la moral, en su mismo centro. Si el fanático se concentra en el orden de la idea, la creencia y el dogma y el alumbrado en el de la experiencia afectiva, la comunicación y el amor, el sacrificante hace de la ley, la obediencia y la moralidad el eje de su vinculación religiosa. Una ley sacralizada que ha perdido su naturaleza mediadora y que desplaza a un segundo término la celebración gozosa, el encuentro festivo y la comunicación con el Otro, así como la proclamación liberadora y profética de su palabra. ¿Habrá que detallar grupos y talantes de norma y obediencia, de sacrificio y de renuncia que corren en tan ricas afluencias por las corrientes de la Iglesia?

Dentro de esta obsesión de moralidad, la sexualidad, naturalmente, vendrá a constituir un núcleo predominante de conflicto y culpa. Ella se constituye como el lugar donde se firma la reivindicación del propio

(12) Cf. G. de Rosolato: *Le Sacrifice. Repères psychanalytiques*, P.U.F., París, 1987.

nombre o el sometimiento al nombre del otro. En la dinámica de ambivalencia, la sexualidad es elegida como espacio preferente del exterminio del propio deseo y de la propia voluntad. Se predica el menosprecio del cuerpo y, al mismo tiempo, se propicia una vinculación con Dios de tonos manifiestamente sadomasoquistas. En definitiva, una dinámica de muerte y una deificación de la crueldad se instalan en el seno de la experiencia de fe.

Todo es una terrible deformación de la dinámica propia del oferente. Éste ha comprendido que ante el Dios de Jesús la acción sacrificial ha sido reconducida a una transformación radical en la que, eliminándose todo aspecto autopunitivo, se expresa la donación existencial de la propia vida en favor de los otros (13).

El oferente, a diferencia del sacrificante, está lejos de la dinámica ambivalente de amor-odio y culpabilidad. Puede reconocer al otro, al mismo tiempo que reconoce su propia existencia. Sabe que no se trata de mantener una lucha secreta en el que uno de los dos tenga que morir. Y, desde ese mutuo constituirse, se establece la relación y el don. Es la ofrenda como expresión de un intercambio simbólico de mutuo reconocimiento. No la mutilación por el odio inconfesado y por la imperiosa necesidad de castigo que le viene aparejada.

La ascesis del oferente, por ello, no tendrá nunca la oculta finalidad de efectuar una autoinmolación exigida por el Otro, sino la de conquistar laboriosamente su propia libertad. No huye a toda costa del dolor, pero sabe que éste no tiene otro sentido sino el que se gana como condición para luchar contra ese mismo sufrimiento.

El oferente también sabe reconocer el propio pecado renunciando a la fantasía omnipresente del niño inmaculado. Por eso sabe retener la piedra que siempre está dispuesta en la mano para ser arrojada sobre la adúltera, el infiel, el hereje o el publicano. Y por eso tampoco pretende eludir su propia culpa por la vía fácil de proyectarla mágicamente bajo la forma de sacrificios expiatorios o de satisfacciones vicarias. Ha comprendido bien que este tipo de salvación, enredada en las mallas de la culpa, no salva en realidad de nada, sino que, por el contrario, posee un efecto narcotizante, que evita la averiguación de las verdaderas causas de la injusticia y de la violencia en el mundo.

(13) Cf. nuestro trabajo «Sacrificio: Apuntes psicoanalíticos sobre culpa y salvación», *Proyección* 40 (1993) 33-52.

Frenos culturales a la creación de empleo en España

El flujo del desempleo en España es tan alarmante que puede inducir a un conformismo inhibitorio de cualquier iniciativa para restañarlo. Pero también cabe la actitud del estudio objetivo de sus causas para buscar algún remedio tras su diagnóstico. Es la postura que adopta el autor de este trabajo, que agradece a la profesora Amparo Toral sus valiosos comentarios al borrador del mismo. El crecimiento económico, la competitividad, la conducta de los empresarios, trabajadores y administraciones públicas son barajados como factores determinantes para el cambio de signo en el proceso creador de empleo.

José Ramón de Espínola Salazar*

* Doctor en Ciencias Económicas. Profesor de Economía española en la Universidad Pontificia Comillas (ICADE), Madrid.

Introducción

ESTE trabajo parte de la consideración de que el desempleo es el problema principal de la economía española y de que ésta, para afrontar este problema, necesita entrar en una dinámica que permita un proceso sostenido de crecimiento económico a medio y largo plazo, que haga posible una intensa creación de empleo. A su vez, esta dinámica tiene diversas exigencias: por un lado, un conjunto de actitudes y valores económicos (una cultura económica); por otro, una serie de conductas de los agentes económicos y sociales, los gobernantes y Administraciones públicas, y demás instituciones sociales y culturales. Obviamente, valores y conductas no son realidades sociales independientes, dándose interrelaciones entre ambas. En la economía española, puede afirmarse, existen ideologías y valores culturales que inspiran comportamientos contrarios a las exigencias del mencionado proceso.

Este trabajo pretende reflexionar sobre las anteriores cuestiones, partiendo de varias afirmaciones:

1.º El alto nivel de desempleo existente en España constituye un problema económico complejo, provocado por un conjunto de causas estructurales que impiden que la economía española crezca a ritmos más altos. La superación de este problema exige insistir en las causas que impiden un proceso sostenido de crecimiento económico.

2.º La solución del problema del desempleo no depende de la simple adopción por el gobierno de turno de una serie de «medidas inteligentes» de política económica, aunque ciertamente no sea indiferente una u otra política económica, de cara al logro del mencionado proceso de crecimiento económico.

3.º Resulta fundamental, además de las «medidas inteligentes», un cambio de la cultura económica dominante en España, que determina comportamientos en los agentes económicos y sociales (y en los gobernantes y administradores de la cosa pública) contrarios a la dinámica económica de creación de empleo.

El problema del paro en España: características y consecuencias

Las características básicas del desempleo en España son las siguientes: su carácter masivo, persistente, su larga duración y su índole discriminante.

Los datos de paro registrados por el Instituto Nacional de Empleo (INEM) de enero de 1994 lo sitúan en 2.769.457 personas. Por su parte, la Encuesta de Población Activa (EPA) del Instituto Nacional de Estadística (INE) del primer trimestre de 1994 ofrece la cifra de 3.792.760 personas (24,6% de la población activa). Según esta última estadística, en más de un millón de familias (de un número total de casi doce millones) todos sus componentes están en paro.

Cuadro 1. Tasas de paro y actividad en países. 1992

Países	% tasa de paro	% tasa de actividad
Alemania	7,6	69,0
Francia	10,3	66,4
Italia	9,9	60,8
Reino Unido	10,6	75,4
USA	7,4	76,0
Japón	2,2	75,6
España	18,4	60,6

Fuente: Banco de España.
Cuentas financieras de la economía española (1983-92).

Se trata de un volumen de desempleo mucho más intenso que el que afecta a los países de la CE, cuya tasa de paro media se mueve en torno al 12 por 100 de la población activa, siendo todavía menor la de los países más desarrollados (cfr. cuadro 1). Ello sucede a pesar de que en España la

tasa de actividad de la población (proporción de activos sobre población de 16 o más años) es muy inferior a la de países como Francia, Alemania, Reino Unido, Japón o USA (cfr. cuadro 1).

La «persistencia» es otra de las características del paro español, que en la coyuntura económica más alcista, cuando en los últimos años ochenta el producto español crecía a tasas reales en torno al 5 por 100 anual, no consiguió situarse por debajo del 16 por 100 de la población activa.

Según la EPA del cuarto trimestre de 1993, 542.940 personas perdieron su empleo hace tres o más años (el 14,74% de los parados). En 1992, el 47,2 por 100 de los parados (38,2% en los hombres, 56,4% en las mujeres) eran parados de larga duración (un año o más buscando trabajo).

Cuadro 2. Tasas de paro por edades y sexo en España. 1992

Edades	Hombres	Mujeres	Total
16-19	33,9	45,1	38,8
20-24	27,9	38,7	32,7
25-54	11,7	23,0	15,7
55 y más	9,4	8,0	9,0
Total	14,3	25,6	18,4

Fuente: EPA del INE.

El desempleo afecta desigualmente a colectivos de personas, en función de factores como la edad (recae mucho más intensamente sobre los jóvenes), el sexo (afecta más intensamente a las mujeres), la cualificación profesional (incide especialmente en los menos cualificados) y las regiones (la tasa de paro es más elevada en Andalucía y Extremadura, y mucho menor en el valle del Ebro—Navarra, Aragón y La Rioja—) (cfr. cuadros 2 y 4).

Respecto del paro juvenil (el correspondiente a menores de 25 años) los últimos datos de la Oficina Estadística de la Comunidad Económica Europea manifiestan que España en 1993 ha sido el país comunitario con la tasa más elevada (cfr. cuadro 3).

Cuadro 3. Tasas de paro juvenil en países de la CEE

Países	1992	1993
España	32,9	37,5
Italia	28,5	30,6
Irlanda	27,6	27,9
Francia	21,8	23,1
Dinamarca	11,4	11,4
Luxemburgo	3,8	5,7
Alemania	4,0	4,9

Fuente: Oficina Estadística de la CEE.

No es necesario insistir demasiado en las graves consecuencias humanas, sociales y económicas que genera un desempleo de las anteriores características; tan sólo cabe recordar:

a) la compleja problemática individual que se genera en los desempleados, por ejemplo, el desarraigo y marginación social, las patologías psicológicas, etc.;

b) el aumento de la conflictividad social, la drogadicción, la delincuencia, etc.;

c) el derroche de recursos y distorsión de la asignación de los mismos que supone para la economía nacional un alto volumen de desempleo, debido tanto a la pérdida de producción por la no utilización de los recursos humanos, como al coste presupuestario de los subsidios de desempleo (incremento del gasto público, presión sobre el déficit público, distorsión del proceso de asignación de los recursos y el desincentivo a la búsqueda activa de empleo), sin olvidar el proceso de descapitalización profesional de los parados. Es sabido que la situación prolongada de desempleo, aparte de graves secuelas humanas, económicas y sociales, tiende a descapitalizar profesionalmente a las personas afectadas, dificultando su reinserción laboral: cuanto más tiempo lleva un trabajador en paro, más difícil le resulta encontrar trabajo.

Cuadro 4. Tasa de paro en las regiones españolas

ESPACIOS	Com. autónomas	I trim. 1994
CENTROS	Madrid	21,0
	Cataluña	21,7
	Com. Valenciana	25,1
	P. Vasco	25,4
NOR-NOROESTE	Cantabria	24,7
	Asturias	23,0
	Galicia	20,1
VALLE EBRO	Navarra	14,7
	Aragón	19,5
	La Rioja	17,5
SUR-SURESTE	Andalucía	34,3
	Murcia	26,3
INTERIOR	Castilla y León	21,4
	Cast.-La Mancha	20,6
	Extremadura	31,6
ISLAS	Baleares	21,2
	Canarias	26,7
	Ceuta y Melilla	28,0
	ESPAÑA	24,6

Fuente: EPA del I trimestre de 1994. INE.

El hecho de que haya factores diversos que mitigan algunos efectos del desempleo (gravando otros), tales como los programas de subsidios (dos millones de personas recibieron algún tipo de prestación en España en 1993), las estructuras familiares (que posibilitan la supervivencia de muchos jóvenes) o la economía sumergida, no puede en modo alguno restar gravedad al problema.

El proceso de crecimiento económico y de creación de empleo

PARA afrontar seriamente el problema del desempleo la economía española requiere un modelo de crecimen-

to estable y sostenido (1), de carácter endógeno, basado en el fomento de las inversiones productivas, y orientado hacia el exterior (exportaciones). Este modo de crecer se contrapone a un modelo de crecimiento basado en el estímulo del consumo, una forma de entender la economía para la cual los elementos de la demanda agregada a incentivar son el consumo privado y los gastos corrientes de las Administraciones públicas (consumo público y transferencias). Los motivos que justifican la necesidad de esta opción se exponen a continuación:

1.º El proceso de crecimiento económico precisa apertura exterior, sobre todo en economías de tamaño pequeño y con mercados con poder adquisitivo débil, como es el caso de la economía española. La apertura exterior y la obtención de cuotas de mercado en el exterior (aumento de las exportaciones) hace posible una dinámica de aumento de la producción interna y de creación de empleo.

2.º El propio proceso de crecimiento económico permite la obtención de economías de escala, abaratamientos de costes y aumento de la productividad, con lo que mejora la competitividad de la producción nacional y se refuerza el proceso de exportación.

3.º La dinámica de crecimiento hacia afuera exige reforzar el proceso ahorro-inversión, de manera que permita sin desequilibrios macroeconómicos (inflación, déficit exterior, déficit público, altos tipos de interés, etc.) capitalizar el sistema productivo (las infraestructuras, el capital humano, las técnicas productivas, los bienes de equipo, etc.). Es preciso recordar que endeudamientos excesivos (por insuficiencia del ahorro interno o exceso de gasto) generan efectos económicos indeseables, por ejemplo inflación, endeudamiento exterior y altos tipos de interés, y que éstos elevan los costes financieros de las empresas, y tienden a frenar su proceso inversor, la mejora de la competitividad, el crecimiento económico y la creación de empleo. Por tanto, resulta necesaria la moderación del consumo, tanto público como privado.

4.º El reforzamiento del proceso de ahorro atañe a todas las unidades

(1) La denominada ley de Okun establece la hipótesis de la relación entre la tasa de crecimiento de la producción y la tasa de desempleo. Arthur Okun en su trabajo «Potential GNP: Its measurement and Significance» (American Statistical Association, 1962) comprobó una relación estadística según la cual para una reducción de un punto porcentual de la tasa de paro el producto real precisaba crecer 2,5 por 100. Naturalmente estas correlaciones estadísticas obtenidas por Okun lo fueron en un determinado contexto espacio-temporal.

económicas: familias, empresas y AA.PP., por lo que resultan fundamentales al respecto:

a) la moderación del consumo privado (no gastar «por encima de las posibilidades» de la renta y el fomento fiscal del ahorro de las familias);

b) la potenciación no inflacionista del ahorro empresarial (la moderación no sólo de la evolución de los salarios, sino también de los márgenes de beneficio y dividendos);

c) la reducción del déficit público (fomento del ahorro público, a través de la moderación de los gastos corrientes de las AA.PP.).

5.º La capitalización del sistema productivo (la dotación de infraestructuras, el capital humano, la mejora de las técnicas productivas, los bienes de equipo, etc.) es el instrumento básico que permite abaratar costes de producción, incrementar la productividad y, en definitiva, mejorar la competitividad de las empresas nacionales (aumentando las exportaciones e impidiendo la pérdida de cuotas de mercado doméstico en favor de empresas de países con mayor nivel de competitividad).

6.º La mejora de la competitividad exige, asimismo, el control de los procesos inflacionistas y de las tensiones salariales y de márgenes de beneficio, que tienden a incrementar los costes de producción de las empresas nacionales y los precios de sus productos. Ello requiere estructuras de mercados (de trabajo, financieros y de bienes y servicios) con alto grado de concurrencia y competencia.

Conviene destacar la importancia de ir mejorando los niveles de competitividad de las empresas nacionales, para que pueda sostenerse el proceso de crecimiento de la producción y el empleo, en una economía abierta e integrada, con vistas no sólo a ganar mercados exteriores, sino también a mantener el mercado doméstico.

Téngase en cuenta el hecho de que la economía española presenta notables y constantes desequilibrios en la balanza de pagos por cuenta corriente, lo cual pone de manifiesto problemas de competitividad respecto de las economías más avanzadas. Un sistema productivo nacional más eficiente y competitivo en los mercados exteriores, y en el propio mercado doméstico, se beneficia más intensamente de las demandas exteriores e interiores, y obtiene un mayor volumen de producción y renta, generando al propio tiempo un mayor volumen de empleo.

Factores determinantes de la competitividad

BÁSICAMENTE, los factores que determinan la competitividad de las empresas (y del conjunto de la economía nacional) pueden agruparse en torno a dos conceptos: por un lado, la productividad de los recursos empleados, y por otro, los costes de producción y comercialización de los productos obtenidos.

a) En relación a la productividad de los recursos, pueden citarse algunos factores que influyen intensamente en la competitividad: la organización y gestión de las empresas, la dimensión empresarial, la tecnología de procesos y de productos, el esfuerzo realizado en I+D, el grado de cualificación de los recursos humanos, la apertura exterior de las empresas (presencia comercial en los mercados exteriores), y la dotación de bienes públicos (infraestructura de transportes y comunicaciones, energéticas, hidráulicas, etc.).

b) Con respecto a los costes de producción sin duda hay que mencionar los laborales (función de los salarios y de las cuotas a la Seguridad Social), pero también tienen gran importancia los costes financieros (dependientes de los tipos de interés y el grado de endeudamiento de las empresas), los costes energéticos (en función del precio de la energía), y los costes de otros insumos y factores productivos, como las materias primas, los productos intermedios y los bienes de capital (relacionados con la inflación, el tipo de cambio de la moneda del país, etc.).

La consecuencia lógica de lo anterior es que el proceso de creación de empleo, en un contexto de competencia internacional, exige mejoras de competitividad tanto mediante aumentos de productividad, como a través de la moderación de costes.

Obtener aumentos de productividad plantea una serie de retos a las empresas y al conjunto de la economía española:

- el reto de la gestión empresarial, debido a la relativa ineficiencia de parte del tejido empresarial español;
- el resto de la dimensión empresarial, por la reducida y subóptima dimensión de gran parte de las empresas españolas (2);

(2) Datos recientes ponen de manifiesto que las empresas de menor dimensión (de 1 a 9 empleados) dan empleo en España al 24,5 por

– el reto tecnológico, en relación al reducido esfuerzo en I+D de la economía española (3);

– el reto de la formación profesional, que afronte la inadecuación de la cualificación profesional de la mano de obra en relación con los requerimientos de las nuevas técnicas productivas, y la inserción de los jóvenes en el sistema productivo;

– el reto de la comercialización, que demanda esfuerzos perseverantes en el logro de niveles competitivos en la calidad y diferenciación de los productos, en los servicios post-venta, en los canales de comercialización, etc., y la superación de la tradicional timidez exportadora de las empresas españolas;

– el reto de los bienes públicos, es decir, unas cada vez mejores infraestructuras de transporte, de telecomunicaciones, energéticas, hidráulicas, etc.

Por su parte, conseguir la moderación de los costes de producción plantea al conjunto de los agentes económicos y sociales una serie de retos:

– el de la moderación de los salarios y de las cotizaciones empresariales a la Seguridad Social (los costes laborales);

– el fomento del ahorro privado y público (la moderación del consumo privado y de los gastos corrientes de las AA.PP.) que contribuya a la moderación de los tipos de interés (costes financieros);

– la moderación de la inflación (por su influencia sobre otros costes no laborales y sus efectos inducidos sobre los tipos de interés y los salarios).

Por tanto, para ganar competitividad (y crear empleo) resulta fundamental que la economía española (las empresas, las Administraciones pú-

100 de la población ocupada (en la CEE al 11,1 por 100), y que las empresas de menos de 500 empleados suponen en España el 89,3 por 100 del empleo total de la industria (57,1 por 100 en la CEE). Estas cifras ponen de manifiesto la reducida dimensión de las empresas españolas en general, y consecuentemente la desventaja competitiva por la menor obtención de «economía de escala» en aquellas ramas de actividad industrial donde la escala de la producción constituye una ventaja competitiva. Cfr. R. Myro «Segunda reconversión y política industrial». *Papeles de Economía Española*, n.º 50, 1992.

(3) Datos de participación de los gastos de I+D en el PIB en 1991 lo sitúan en el 0,87 por 100 en el caso de España, y en el 2,11 en el colectivo de países denominados de «alto esfuerzo tecnológico» (Japón, USA, Alemania y Francia). Cfr. J. Molero y M. Buesa. «Recursos tecnológicos». En varios autores. *Lecciones de economía española*. Ed. Civitas. Madrid, 1993. Cap. 6.

blicas, las familias y los trabajadores, etc.) realice un fuerte y continuado esfuerzo de inversión en cualificación de los recursos humanos (que permita una mejor gestión empresarial y una mano de obra más eficiente), equipo productivo (maquinaria, instalaciones, etc.), tecnología (gastos en I+D de procesos y de productos) e infraestructuras (de todo tipo).

Pero el relanzamiento de la inversión productiva, que es sin duda la variable estratégica clave, exige un marco macroeconómico atractivo, estimulante, que no penalice la inversión productiva, es decir, un horizonte de rentabilidad y confianza, que tiene exigencias concretas en diversos aspectos, tales como los político-institucionales, los jurídicos, y los económico-financieros.

En los aspectos político-institucional y jurídico, sin duda, conviene un funcionamiento institucional de fortaleza y de estabilidad política, que genere confianza y elimine incertidumbres, siempre nocivas para la inversión productiva. Nada peor para un crecimiento sostenido de la producción y el empleo que la extensión en las instituciones públicas (y privadas) de comportamientos faltos de ética y contrarios al ordenamiento jurídico (la corrupción).

En el terreno económico-financiero resultan necesarios, según se viene insistiendo:

1.º La moderación de los costes laborales, financieros, otros costes no laborales, una fiscalidad apropiada, un tipo de cambio realista, etc.;

2.º La generación de un suficiente volumen de ahorro, de manera que no haya excesivos desequilibrios financieros. Es preciso recordar que endeudamientos excesivos (por insuficiencia del ahorro interno) generan efectos económicos indeseables, por ejemplo, altos tipos de interés, que elevan los costes financieros, y tienden a frenar el proceso inversor, la mejora de la competitividad, el crecimiento económico y la creación de empleo. Por tanto, resulta necesaria la moderación del consumo, tanto público como privado.

3.º El aumento no inflacionista del ahorro empresarial (autofinanciación empresarial), resultante no sólo de la moderación de los salarios, sino también de los dividendos empresariales.

En suma, el proceso de creación de empleo requiere del conjunto de la sociedad española (empresas, familias, trabajadores y Administraciones públicas) un funcionamiento político-institucional riguroso y actuaciones más eficientes por el lado de la producción y del consumo, lo que podría

denominarse en definitiva una forma de vida más «económica y austera» que permita una más intensa capitalización de las empresas y un funcionamiento más eficiente del conjunto de la economía.

Los valores culturales y su incidencia en la competitividad

LOS valores culturales dominantes, sin duda ninguna, pueden favorecer o frenar el proceso de mejora de la competitividad, es decir, pueden facilitar o no el aumento de la productividad de los recursos y la disminución de los costes. De manera que la mejora de la competitividad exige una cultura adecuada (una mentalidad, unos valores ampliamente compartidos), cultura que nunca es neutral en la dinámica económica).

Al respecto conviene señalar que frente a la idea del Estado-onnipotente-providencia que magnifica la virtualidad de las medidas de política económica, habría que llamar la atención sobre la trascendencia de los comportamientos microeconómicos, que en definitiva determinan en gran medida los resultados globales de la economía.

Por tanto, es preciso identificar pautas culturales que tienden a favorecer el crecimiento económico y la creación de empleo, pautas culturales que influyen continuamente en los comportamientos de los diferentes agentes económicos y sociales (empresarios, familias, trabajadores, gobernantes, etc.), y de muchas instituciones que ejercen funciones ideológicas importantes en la sociedad española (partidos políticos, sindicatos, instituciones religiosas, asociaciones culturales y educativas, etc.).

Actitudes empresariales

SIN ningún ánimo exhaustivo, en relación a las pautas culturales empresariales, habría que destacar la importancia de las actitudes innovadoras tendentes no sólo a la creación de nuevas empresas, sino también a la mejora de la gestión de las existentes.

No es indiferente para la economía española que en ella predominen actitudes empresariales más o menos continuistas o innovadoras, más o

menos interesadas en aplicar innovaciones o asimilar el cambio técnico, con una u otra receptividad a las innovaciones.

Como tampoco es indiferente para el proceso de crecimiento económico y la creación de empleo que en España predominen unos u otros talentos empresariales en relación con la forma de obtener los beneficios. Al respecto, y por la actualidad del tema, es preciso referirse a lo nociva que resultaría para nuestra economía la pervivencia de la denominada «cultura del pelotazo», esa forma de entender la orientación de los esfuerzos empresariales que busca el rápido enriquecimiento por procedimientos más o menos acordes con el ordenamiento jurídico, sin que ello suponga aporte alguno a la mejora de la competitividad de la producción española de bienes y servicios.

Asimismo cabría decir que resulta inconveniente para la dinámica económica la denominada «cultura del subsidio» presente en algunos empresarios, es decir, una mentalidad que reclama ayudas estatales cuando la coyuntura económica no es favorable. La «cultura del subsidio» responde a una concepción del Estado entendido como «deus ex machina». Esta concepción, que refleja no sólo desconocimiento de los mecanismos económicos fundamentales, sino también una evidente inmadurez empresarial, considera que la solución de los problemas económicos está en la mano de las autoridades públicas, a las que es preciso convencer, o presionar, para obtener de ellas las medidas de política económica con las que remediar las dificultades empresariales. No cabe esperar de mentalidades en las que opera la cultura del subsidio comportamientos empresariales como los que demanda la dinámica de crecimiento en la economía española.

Tampoco es indiferente para el proceso de creación de empleo adoptar unas u otras actitudes respecto de la legalidad vigente (mercantil, laboral, fiscal, etc.). Por ejemplo, la extensión de la economía sumergida genera efectos no deseables en la dinámica económica, porque no sólo incide en las finanzas y el déficit público, sino que introduce elementos de competencia desleal de las sumergidas respecto de las no sumergidas, lo cual tiende a distorsionar los procesos de asignación de recursos. Y no digamos lo perjudicial que puede resultar para una economía en crecimiento la extensión del grado de los fraudes, o el incremento de la morosidad, etc., en la medida en que todo ello introduce elementos de inseguridad en las expectativas de los agentes económicos, muy nocivos

para la buena marcha del proceso de inversión productiva y de creación de empleo.

No es indiferente tampoco que en la economía prevalezcan entre los empresarios actitudes individualistas, o por el contrario de asociación y cooperación, porque aspectos muy importantes de la ecompetitividad tienen que ver con la dimensión de las empresas. Actitudes de mayor cooperación pueden redundar en replanteamientos de la organización y dimensión de las empresas, de cara a una eficiente producción y comercialización de los productos. Por el contrario, actitudes individualistas, y de recelo ante el cambio, como las que han prevalecido tradicionalmente en grupos agricultores, comerciantes e industriales españoles, sin duda han frenado el cambio estructural necesario para lograr estructuras productivas y comercializadoras más eficientes y con una mayor presencia en los mercados exteriores.

Actitudes de los trabajadores

SIN duda las actitudes de los trabajadores tienen una gran influencia en la intensidad con que puede desarrollarse el proceso de crecimiento. Al respecto no puede dejar de considerarse la actitud ante la educación y formación profesional y técnica. Ciertamente no es indiferente para la dinámica económica las mayores o menores ganas de aprender, las actitudes ante la formación y el aprendizaje permanente de los trabajadores.

No puede ignorarse la importancia de una u otra valoración del trabajo «dependiente» o del realizado «por cuenta propia», la mayor o menor extensión de la denominada «mentalidad burocrática» (en el sentido peyorativo), que idealiza la permanencia en un mismo puesto de trabajo durante toda la vida, o la consecución de la «plaza en propiedad», que implica una actitud inmovilista.

Tampoco puede desconocerse la influencia en la productividad del trabajo, y por tanto en la competitividad, de la motivación e identificación de los trabajadores con la eficiencia y buena marcha de las empresas, de la disciplina, la puntualidad, o el grado de absentismo laboral.

Son asimismo actitudes que tienden a favorecer la dinámica económica la laboriosidad, las ganas de trabajar, el gusto por el trabajo bien hecho, el interés por realizar innovaciones o asimilar el cambio técnico, así como la disposición a cambiar de residencia y de puesto de trabajo, las

actitudes proclives a la hoy denominada movilidad funcional y geográfica.

Obviamente la «cultura del subsidio» presente también en algunos trabajadores constituye un obstáculo para la dinámica económica. La expectativa de mantener el subsidio como forma estable de «ganarse la vida», la permanencia en el trabajo sumergido o la laxitud ante el cumplimiento de las leyes no constituyen actitudes propicias al crecimiento económico y la creación de empleo.

Actitudes de las familias

LAS actitudes o valores que inspiran el comportamiento económico de las familias tienen asimismo una gran incidencia en el proceso de crecimiento económico y de creación de empleo. Porque no son indiferentes sus actitudes ante el consumo y el ahorro, su mayor o menor estimación de las necesidades presentes o futuras, su mayor estimación (por motivos ajenos a la calidad) de los productos nacionales o extranjeros, o su mayor o menor propensión al endeudamiento.

La clave del proceso de crecimiento económico de la economía española se encuentra en el reforzamiento del proceso de ahorro-inversión endógeno, y ello tiene exigencias concretas para las familias en cuanto consumidores. Actitudes más ahorrativas por parte de las familias, en la medida que posibilitan una financiación endógena de la inversión nacional, hacen posible un menor endeudamiento exterior, así como tipos de interés más bajos. Por tanto la actitud «consumista», esa forma de vivir «por encima de las posibilidades», la «cultura del usar y tirar» (ajena a la moderación y al reciclaje) constituye una actitud contraria o adversa al crecimiento y a la creación de empleo. De ahí la importancia de que se generalicen actitudes más proclives al ahorro, concibiéndolo como «virtud social», especialmente para países como España que precisan de un intenso proceso de inversión productiva.

Actitudes de los gobiernos y AA.PP.

FINALMENTE las actitudes de los gobernantes y administradores de la cosa pública, en los múltiples escalones

de las instituciones públicas, tienen una incidencia en el proceso de ahorro e inversión, a través del conjunto de medidas de política económica.

Al respecto, baste señalar la importancia para la dinámica económica de actitudes más o menos intervencionistas, actitudes más o menos rigurosas en la elaboración y ejecución de los programas de ingresos o gastos públicos, la orientación de los mismos en beneficio del proceso de ahorro e inversión, las actitudes más o menos rigurosas en el cumplimiento de las leyes, etc. Nada más nocivo para la dinámica económica que actitudes poco comprometidas y autoexigentes con los valores de austeridad y el trabajo por parte de quienes dirigen la política y la actuación de las AA.PP.

Conclusión

EN resumidas cuentas, el complejo problema del desempleo en España, de primer orden por sus características y consecuencias, como ha quedado expuesto a lo largo del trabajo, no presenta una solución inmediata. No existe posibilidad alguna de que «medidas inteligentes» de política económica puedan por sí mismas solucionarlo a corto plazo, ni siquiera a medio y largo plazo. Sí existe, en cambio, la posibilidad de que a medio y largo plazo la economía española en su conjunto vaya generando un proceso estable y sostenido de crecimiento de la producción, del que se derive la creación de empleo que permita, a su vez, una apreciable reducción del desempleo.

En esta dinámica, la inversión productiva (no el consumo) tiene que ser necesariamente la variable estratégica fundamental, de competitividad en los mercados exteriores y en los propios mercados domésticos. El sostenimiento de un fuerte esfuerzo inversor sin que se generen tensiones nocivas para el proceso (inflación, tipos de interés altos, déficit exterior, etc.) exige la generación interna de un volumen de ahorro suficiente. De manera que la dinámica de crecimiento de la economía española exige que el consumo (privado y público) y las transferencias tengan un comportamiento moderado, subordinado a los requerimientos del esfuerzo inversor.

Un comportamiento como el indicado reclama en todos los agentes e instituciones económicas y sociales pertinentes actitudes y comportamientos económicos ante la producción, el reparto de la renta y el gasto.

En suma, si se quiere realmente combatir el problema del paro y evitar sus graves consecuencias no hay otro camino que una vida individual y social «más productiva y austera».

En la extensión de una cultura más acorde con la creación de empleo todas las instituciones sociales, religiosas, culturales, etc., tienen una función y una responsabilidad. Crear empleo no es en última instancia una cuestión que pueda resolver el gobierno. Hay que exigirle las «medidas inteligentes», pero sobre todo resulta fundamental que el entramado de actitudes y comportamientos del conjunto de la sociedad opere en la dirección adecuada. Y en esta tarea cada persona o institución tiene su tarea y responsabilidad.